



Carta abierta a D. Liborio, autómata de profesión

Anna 30 de octubre de 2013

Querido e ilustre paisano:

Ruego permita la licencia y excuse mi atrevimiento al enviarle estas letras, a pesar de no haber sido debidamente presentados, y deseo que al recibo de la presente se encuentre ya reparado de los muchos achaques y problemas de salud que le aquejaban tiempo atrás.

Al dirigirme a Vd., a través de esta carta, albergó la esperanza que alguien, un día de estos, pueda leérsela en su nueva residencia del *Museu Internacional de Titelles d'Albaida*, donde según me han contado a cambio de mostrarse al mundo de lunes a viernes desde las 11 a las 14 horas, recibe los cuidados que su pueblo no le supo ofrecer.

Como la mayoría de los niños de finales de los cincuenta del siglo XX, en Anna, conocí de su existencia a través de la memoria de mis padres, alguno de los abuelos y la presencia en nuestras vidas de *D. Rafael Sanz*, hijo de su jefe y médico de una buena parte de los vecinos de la villa. ¡Créame!, fue él quien contribuyó, con su ciencia, a aliviar mi llegada a este mundo y con probada paciencia benedictina, reparó alguna que otra vez las travesuras cargadas a mi penoso cuerpo de niño en los inicios de los años sesenta. Fue en aquellas tertulias del café de Tabal, junto al Surtidor, donde aprendí a conocerles. Allí, frecuentemente, se escuchaban brillantes versiones libres de alguno de los sucedidos de todos ustedes, en sus andanzas por esos mundos tan alejados y fascinantes para todos nosotros; todo ello junto a comentarios procaces del personal, que exagerada y gratuitamente le atribuían. Es lo que tenía aquella época sin televisión y poca radio, que permitía al paisanaje reunirse, tras la comida, en el bar del pueblo en largas y densas tertulias de sobremesa vecinal en torno a una mesa velador, en las que en versión libre se mezclaban, a partes iguales, el fútbol y la política local con las noticias del Siete Fechas, la Hoja de Lunes y el Caso. Curiosos aquellos tiempos en los que había escasez de casi todo y prodigalidad enciclopedista entre la aristocracia del paisanaje.

En ese cuadro costumbrista de tertulia de café, estaba bien visto que las personas mayores consintieran la presencia en ellas de los más pequeños, que inopinadamente formábamos parte de la atmosfera de aquella postal, sin que ello supusiera un trauma irreparable para nuestro futuro, ya que en cierta manera participábamos, a partes iguales, del humo y del paisaje de aquellos corrillos, en los que de tarde en tarde alguien, y sin venir a cuento, tras una acalorada discusión sobre las aguas o el censo agrario, mencionaba su nombre. Como quiera que la curiosidad es consustancial a la infancia y la persistencia en conseguir las respuestas que nadie alcanzaba o quería darme, interrumpían el monótono orden de aquellos diálogos cruzados, a medio camino entre el chismorreo vecinal y la tertulia política, mi padre para evitar disgustos, me puso en contacto con *D. José María Roig* de profesión carpintero y gran conocedor de las andanzas de Don Paco. Durante algunas tardes, de aquel frío invierno de 1971, amablemente me recibió en su casa junto a la mesa camilla familiar, compartiendo alguno de sus recuerdos y proporcionándome unos viejos periódicos que él guardaba con gran cariño, y en los que con bastante extensión, el articulista, recogía la vida y andanzas de su padre y creador, el ventrílocuo Sanz, por esos mundos de Dios y María Santísima.

Aquellas primeras piezas de hemeroteca que leí y memoricé con la avidez de un niño, en el cuarto de estar de la casa de *D. José María*, en la Plaza de la Iglesia, fueron el germen de una serie de artículos que a mis trece años, con mas osadía y entusiasmo que conocimiento, me aventuré a redactar con escaso mérito. Al menos la perseverancia que puse en aquel trabajo, debió ser suficiente para convencer al equipo de redacción de la revista local "*Albufera*", y aquellas primeras notas biográficas comenzaron a publicarse, con carácter mensual, allá por el mes de marzo de 1972. Esta serie, de pequeñas piezas, me permitió mostrar la figura de Sanz a través de ese modesto boletín, llegando al menos a nuestros doscientos suscriptores iniciales, que de esta manera se reencontraron con el artista.

Pasado el tiempo, mi interés por Don Paco no decayó, y acabé por recopilar un extenso archivo gráfico, sonoro y periodístico, sobre sus andanzas, que aún hoy conservo. A finales del siglo XX y recogiendo parte de ese material, publiqué en la web un pequeño ensayo que con el título: **Francisco Sanz Baldoví**, pretendía acercar la personalidad del artista a las gentes interesadas en el perfil biográfico del ventrílocuo; intentado con ello, poner en ágora publica la percepción que sobre la persona y el personaje, mis padres, el bueno de *D. José María* y las hemerotecas me habían ayudado a construir a lo largo de toda una vida. Han pasado cuarenta años desde aquellos primeros esbozos y varios miles de personas han accedido a las descargas del artículo que ha servido de referencia para multitud de folletos y exposiciones sobre Sanz. Ese trabajo me ha dado la oportunidad y el privilegio de poder compartir y contrastar mi visión, sobre Don Paco, con gentes de muy diversa formación que siempre han ayudado, desinteresadamente, a la composición del personaje. En todo este tiempo, he aprendido con ellos a respetar las cualidades intelectuales y artísticas de una persona irrepetible, al que desde un punto de vista histórico me resultaba difícil de abordar en su justa amplitud sin caer en los tópicos, las lagunas y los errores que con el tiempo y sin pretenderlo, también he contribuido a alimentar.

Entre nosotros, he de confesarle que siempre me impuso mucho respeto su jefe, aunque con el sedimento que deja el paso del tiempo, la vida me ha permitido la licencia de abordar el estudio historiográfico integral del personaje sin demasiados complejos vitales ni ideológicos. Después de finalizado el proyecto, sigo pensando que tratándose de quien se trataba, convendrá conmigo que la empresa no era tan sencilla, por lo que ruego sea indulgente con mi trabajo, ya que si en algún caso me he excedido al tomar alguna licencia, siempre ha tenido la finalidad historicista de describir el difícil momento que les tocó vivir a todos ustedes. En

el fondo Liborio, aquí en su pueblo, ¡ya sabe!, a nuestro modo se le quiere, incluso de tanto en tanto se le recuerda. Fíjese que con el paso de los años, después de la gran exposición de septiembre 1972, llegue a albergar el ingenuo sueño de verle junto a su compañía residiendo en el "Palacio" de la Alameda, frente al Musical. En ese mismo escenario donde en el año 1931, tras el primer homenaje, fue capaz de reprochar al jefe su conducta, al no compartir con toda la compañía de autómatas sus éxitos y su fortuna. Es que en esencia Vd. siempre ha sido una estrella del espectáculo, al que no le va mendigar un techo en el que reposar su eternidad.

Mirando su fotografía, y escuchando una vieja grabación se avivan , los recuerdos de infancia que acaban insospechadamente mezclados con las coplas del viejo juglar...; Liborio!: *"Nunca fue triste la verdad, lo que parece es que no tiene remedio"*. Así pues... ¡paradojas de la vida!, acaba Vd. hoy alejado nuevamente, como en 1918, de aquella compañía de autómatas que igualados en su naturaleza reconocían, en el fondo, la jerarquía que el creador había establecido al otorgarle el papel de líder en su espectáculo. A lo largo de todo este tiempo, le confieso que llegué a temer que el recuerdo de su imagen aún hoy evanescente, quedara diluida de la memoria y del imaginario popular para las futuras generaciones que ya no disponen del privilegio de escuchar los relatos orales de sus mayores. El alivio me llegó cuando en 1999, le vi actuar como secundario junto a Michel Piccoli en la última de las películas de Berlanga; entonces entendí que Vd. ya había alcanzado la inmortalidad propia de todos aquellos seres a los que les ha sido permitido el privilegio de conocer, escuchar y preguntar a su creador .

No le canso más con mi cháchara, y espero sepa disculpar las molestias causadas en la lectura de este relato, que no es más que la expresión de nostalgia y afecto de un paisano al que le duele no verlo tan a menudo como quisiera por la Alameda, junto al Musical, pero que promete visitarlo de tanto en tanto, exclusivamente para compartir con Vd. la soledad y el silencio de la sala, en el museo en el que le han recluido como remedio a los males de su edad.

Por último, le reitero el deseo que alguien comparta con Vd. estas letras escritas desde la admiración que siempre suscitó en mi la inteligencia desbordante de su creador, legada a través de su mirada y entendida siempre como la única de las cualidades que nos hacen realmente eternos. Esa que todavía hoy, en usted Liborio, es capaz de prolongar o de pausar la vida y el tiempo en el universo de los autómatas.

Un afectuoso abrazo de su paisano que lo es...

José Izquierdo Anrubia